

Animalidad de lo humano, humanidad de lo animal: límites, intrincaciones y solapamientos.

Una breve presentación del volumen "La animalidad: encuentros filosóficos y literarios en los confines de la antropología".

Pablo Posada Varela

(Université Paris-Sorbonne / Bergische Universität Wuppertal)

Los intereses de *Eikasía* nunca han sido ajenos (sino todo lo contrario) a la espinosa cuestión de la animalidad, y a la cuestión del *encuentro* del ser humano con el animal¹ (pues de ese encuentro trata, en último término, este magnífico volumen que nos brindan Isabelle Ost y Augustin Dumont). Este encuentro también es el encuentro de lo humano con lo animal o, por ponerlo de otro modo, el encuentro de lo animal en lo humano (y de lo humano en lo animal). Esta última formulación, por general que parezca (y lo cierto es que lo es), no es menos concreta². Efectivamente, con esta formulación alternativa, y que no hace sino matizar y profundizar la primera y más evidente, señalamos la posibilidad de un encuentro entre dos facetas (la humana y la animal) *dentro de* un mismo ser (humano o animal)³, o acaso, como sugeriremos más adelante, el encuentro genuinamente estromatológico entre dos "niveles (fenomenológicos) de experiencia". He ahí, enunciado en abstracto, el exigente campo de trabajo en que se mueven estos textos. Convencidos por la enorme calidad de las contribuciones que nos presentan Augustin Dumont e Isabelle Ost en torno a estas cuestiones, *Eikasía* acogió gustosamente esta compilación. Ahora bien ¿qué decir de la cuestión del encuentro con el animal?, ¿qué decir de las diversas modalidades morfológicas o topológicas⁴ de este encuentro (devenir, disrupción, solapamiento, espejeo, separación, fusión relativa, evocación y tantas otras figuras dialécticas) y del modo -magistral- en el que esta difícil cuestión es rastreada hasta "los confines de la antropología" por esta recopilación de textos que Augustin Dumont e Isabelle Ost nos ofrecen?

¹ Evidentemente, es de obligada referencia la monumental obra de G. BUENO, *El animal divino*. Pentalfa, Oviedo, 1986. Pelayo Pérez García ha insistido con mucha agudeza en la vocación fenomenológica (y estromatológica en el sentido de Ricardo S. Ortiz de Urbina) de esta genial obra de G. Bueno. Desde aquí le agradezco lo que sin duda se ha revelado como una prometedora y fecunda clave de lectura.

² El empirismo radical que es la fenomenología nos enseña, al menos desde la brillante *IIª Investigación Lógica* de Husserl, que también hay una dación concreta de lo general (sin perjuicio de su generalidad).

³ Volveremos, a modo de conclusión, sobre este aspecto, y sobre lo que implica esta posibilidad, al final de esta presentación. Efectivamente, sólo un punto de vista fenomenológico no estándar (i.e. estromatológico) permite pensar ese género de encuentros en un mismo individuo, en una misma subjetividad (estromatológicamente estructurada, estratificada en niveles fenomenológicos). Ahora bien, y es aquí donde la citada obra de G. Bueno y el acercamiento que de ella sugiere Pelayo Pérez adquieren toda su importancia, ese encuentro estromatológico (con *lo animal* de uno mismo, con lo que compartimos y pero también con lo que nos distingue, en nuestra configuración estromatológica de humanos, del animal) puede ser *suscitado* por el encuentro concreto con un animal (aspecto que también avistó el poeta Rainer Maria Rilke con una extraordinaria lucidez). Ese encuentro puede revelar algo no sólo de nuestro cuerpo, inserto en un mundo recordado a escala operatoria, sino de nuestro *körperlicher Leib* y de nuestra *Leiblichkeit* en general (en su intrincada coalescencia con nuestro *Phantasieleib*). Así pues, el eje del espacio antropológico que G. Bueno llama "angular" se convierte en un revelador privilegiado de la constitución estromatológica de la experiencia en el sentido en que Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina desarrolla el concepto. Cf. R. SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA, *Estromatología. Teoría de los niveles fenomenológicos*. Ed. Brumaria/Eikasía, Madrid, 2014. <http://eikasía.es/urbina.htm>
<http://brumaria.tictail.com/product/30>

⁴ Prácticamente en el sentido no sólo *representado* sino también brillantemente *ejercitado* por Fernando Miguel Pérez Herranz en muchos de sus textos <http://revistadefilosofía.com/autperezherranz.htm>

Lo primero que salta a la vista, y a lo que hacen justicia los textos aquí recopilados, no es sino la falta de distinción en que se mueve la difícil cuestión de la animalidad. Qué sea la animalidad es cosa que no sabemos distinguir y, sin embargo, su patencia, su indistinta claridad⁵, es indiscutible: patencia de solapamiento y de relativa disrupción respecto de lo humano. Nada hay pues, aquí, de un *no saber* sobre algo abstracto y lejano. Antes bien, nos las habemos con un incómodo no saber *sabido*, es decir, continuamente atravesado en nuestra experiencia, convocado por ella, y que nos compete de cerca.

Efectivamente, la idea de animalidad nos es imprescindible (es, digamos, un recurso obligado) aunque su delimitación no resulte clara. Imprescindible no sólo a la hora de abordar ciertos problemas filosóficos, sino ya en el trato cotidiano (con los animales, con otros seres vivos no animales, con nosotros mismos y con otros humanos). Con el concepto de animalidad se da algo parejo a lo que ocurre en los diálogos platónicos, y que caracterizó admirablemente bien Merleau-Ponty: hemos de hablar de ello para tratar de saber lo que sabemos (pero aún no sabemos que sabemos). Y es que, en rigor, qué sea la animalidad es una pregunta a la que, mal que bien, y de puro concreta, ya siempre hemos dado respuesta (o respuestas varias, según en qué situación nos haya asaltado concretamente, y de modo no primordialmente discursivo, el problema). Y se adivinará que tras esa incipiente y espontánea variedad de respuestas recónditas se barrunta, como en los diálogos platónicos, la posibilidad de una incómoda inconsistencia. Qué sea la animalidad, como dijera San Agustín a propósito del tiempo, es de esas cosas que *sabemos* cuando no nos preguntan por ellas. Y lo cierto es que no podemos por menos de *saberlo*: el encuentro con la animalidad ya siempre nos ha puesto, querámoslo o no, en la perentoria tesitura de tener que *definirnos* (en el amplísimo sentido del término) como humanos, lo cual conlleva, a la par, definirse como (los) animales (que seguimos siendo todavía) y como (los) no animales (que no somos ya)⁶. Por eso, definirnos en nuestra humanidad y en nuestra animalidad es algo que ya siempre hemos hecho, de un modo u otro, aunque, claro está, no sepamos bien del todo lo que, efectivamente, sabemos o creemos saber, lo que, y en según qué circunstancias, damos por válido o por bueno.

Tarea fundamental de la filosofía es ir más allá de las creencias en que se asienta nuestra vida, para así esclarecerlas y revelar lo que, las más veces, emerge como una efectiva inconsistencia entre las mismas. Este paso atrás filosófico (y literario) es lo que nos ofrece esta interesante compilación de textos. Así, desde varias perspectivas, este volumen trabaja en una delimitación de la cuestión de la animalidad que habría de ofrecer un principio de respuesta (o, cuando menos, un adecuado planteamiento) a preguntas (y tácitas respuestas) *de hecho* precipitadas o infartadas por el incuestionable acontecimiento del encuentro concreto con el animal (y con lo animal del animal y de nosotros mismos o de un prójimo), preguntas a que, muy esquemáticamente, podríamos aludir en los términos de una combinatoria de delimitaciones (sin por ello pretender agotar el campo): ¿qué es el hombre y qué el animal, qué de animal hay en el hombre, y qué del hombre *no hay* en el animal (y viceversa)?

Lo cierto es que el presente número especial de *Eikasía* ilustra admirablemente bien hasta qué punto ponemos necesariamente en juego un concepto de la animalidad para aludir a lo que nosotros, *animales* humanos, compartimos con ciertos seres vivos (i.e. los animales; entre los cuales se cuenta el ser humano), y que nos diferencia (*como* los animales que

⁵ Nos hacemos eco de la combinatoria claro-oscuro y distinto-confuso que pone en juego Ricardo SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA en su artículo "La oscuridad de la experiencia estética", *Eikasía* n°47, Enero de 2013. <http://revistadefilosofia.com/47-02.pdf>

⁶ Citemos aquí la magnífica obra de Étienne BIMBENET, *L'animal que je ne suis plus*. Folio. Paris. 2011, y que en cierto modo responde (no sin polémica) a la obra de Jacques DERRIDA, *L'animal que donc je suis*. Galilée, Paris, 2006.

seguimos siendo) de otros seres vivos (las plantas y ciertos -¿pero cuáles?- organismos). Ahora bien, la animalidad es también, claro está, aquello de lo que, *humanos* animales como somos, nos distinguimos como humanos, aquello a lo que lo humano no se deja reducir por entero, ese animal que ya no somos.

La reflexión concitada por estos textos se sitúa, como reza el subtítulo del volumen, "en los confines de la antropología" dada la imposibilidad de obviar la cuestión de la humanidad al plantear la de la animalidad: ambas son indisociables. Dicho de otro modo: en la cuestión de la animalidad se juega algo fundamental en punto a la delimitación de la esencia del ser humano. Y lo cierto es que no estar nunca enteramente en claro en punto a la misma lleva convocando de modo reiterado la cuestión de la animalidad en clave de diferencia (entre lo animal y lo humano), y también en clave de "paliativo" a la inquietante indefinición en que se mueve lo humano. De ahí que despertar la cuestión de la animalidad de un modo genuinamente filosófico, es decir, no sumario, haya de conducir, necesariamente, a los "confines de la antropología", donde ésta toca -y se distingue- de la etología.

Por otro lado, la excelente recopilación de textos aquí presente sorprende por su decidida interdisciplinariedad: filosofía, literatura, psicoanálisis, etología. No sin tino, los editores han apostado por una pléthora de perspectivas distintas, y lo cierto es que esta variedad fecunda el debate entre los textos, y sostiene un diálogo virtual entre ellos, algunas de cuyas vetas aún están por tejerse. Conviene, sin embargo, que digamos una palabra sobre ello pues esta apuesta por la perspectiva multidisciplinaria, lejos de responder a una mera inclinación academicista o al simple gusto por lo variopinto, comporta un auténtico calado gnoseológico del que hemos de hacernos cargo.

Esta variedad responde, en primer lugar, a la *fáctica* variedad de nuestro encuentro tanto con los animales como con la animalidad (en nosotros, en el prójimo, o en el animal). Si, por debajo de estos variopintos encuentros, late una univocidad en la experiencia del encuentro con el/lo animal, y no una irreductible analogía o incluso una irredenta multivocidad, es cuestión sobre la que los compiladores, Augustin Dumont e Isabelle Ost, no prejuzgan, fiándola a ese debate virtual lanzado, y del que los varios textos constituyen otros tantos hitos.

Sea como fuere, al menos desde un punto de vista *gnoseológico*, la variedad de las aproximaciones se antoja irreductible. Cada texto o grupo de textos es testimonio de un irreductible modo de problematización del encuentro con la animalidad. Así, la animalidad no se "encuentra" y aproxima del mismo modo en un texto de ficción, en el discurso fenomenológico, en el hermenéutico, en la observación clínica, o en la etológica. Con ser cierto que todas ellas se fecundan, no por ello deja de haber (o acaso precisamente en virtud de ello) una núcleo de irreductibilidad en cada una de las aproximaciones.

Para hacernos cargo del calado gnoseológico de la interdisciplinariedad aquí en juego, quizá conviene llamar la atención sobre la analogía estructural que existe entre la perspectiva interdisciplinar que Isabelle Ost y Augustin Dumont imprimen a esta recopilación de textos y esa otra irreductibilidad entre niveles de experiencia que es la propia estromatología fenomenológica desarrollada por Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina y que alberga fecundas aplicaciones a la cuestión de la animalidad (y, por ende, de la humanidad). En otras palabras: la interdisciplinariedad de los textos (i.e. de las aproximaciones a la cuestión de la animalidad) responde o, si se quiere, se hace (inconscientemente) eco de la irreductibilidad de la arquitectónica o estromatología misma de la experiencia, de su irreductible estratigrafía (de su no ser susceptible de ser reducida o aplastada sin una irrevocable pérdida de sentido).

La necesaria aproximación interdisciplinar es una inevitable consecuencia gnoseológica de la situación fenomenológica primigenia (situación irreductiblemente

estromatológica) y se revuelve contra toda reducción, así sea ésta científicista, etológica (aunque se trate de una etología crítica en punto a su estatuto de ciencia en algunos de sus tramos⁷) o incluso filosófica (por mucho que la filosofía sea un saber de segundo grado: eso no la salva de incurrir, a momentos, en cierta violencia eidético-transcendental, violencia subsuntiva y subestructiva). El supuesto privilegio de estas citadas aproximaciones respecto de otras se asentaría en un privilegio del ego transcendental consecutorio de la eidética que es, precisamente, lo que la perspectiva de un materialismo fenomenológico trata de evitar. Dicho de otro modo: el carácter interdisciplinario de este volumen conculca, en cierto sentido, el privilegio de la serie ontológica (o anamórfica) sobre la serie fenomenológica⁸. Revertir el privilegio de la serie anamórfica sobre la serie fenomenológica es lo que permite pensar estromatológicamente el encuentro entre lo humano y lo animal más allá de ciertas coordenadas eidéticamente balizadas. Ello confiere una dignidad gnoseológica inaudita a ciertas aproximaciones aquí practicadas, como las literarias o psicoanalíticas - por poner un ejemplo - de la cuestión de la animalidad, perspectivas en cierto sentido estromatológicamente rehabilitadas.

Volvamos ahora, a modo de conclusión, a lo que sugeríamos al principio de esta presentación, así como, de modo más preciso, en la 3ª nota al pie de este texto. Sin perjuicio de la importancia del encuentro efectivo entre un ser humano y un animal (en el ámbito del mundo de la vida), hay que volverse hacia lo que éste, desde el nivel fenomenológico de la "efectividad" (en la terminología de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina), *suscita*, y que explica, precisamente, su *resonancia* en otros niveles de experiencia. Solapado con el encuentro efectivo con el animal late, en régimen de síntesis pasiva, pero a otro nivel de experiencia, otro encuentro que le confiere al primero su profundidad experiencial, su repercusión estromatológica: un encuentro entre lo humano y lo animal *dentro* de una misma subjetividad o una misma comunidad de sujetos que se declina en los términos de un encuentro entre dos estromas o niveles de experiencia.

Que esto último sea pensable, y que, además, pueda, efectivamente, darse, y darse como hemos señalado, es decir, de un modo (como apuntábamos al principio de este texto) *no menos* concreto (por mucho que con el "lo" neutro suela uno referir generalidades) es cosa que se aclara tan pronto como "ampliamos la experiencia"⁹, suspendiendo su necesario alineamiento¹⁰ (al menos en algunos de sus estratos) con el ego transcendental; y donde este alineamiento es consecutorio de la eidética¹¹. De ese modo, la experiencia nos aparece irreductiblemente estratificada en niveles de experiencia o estromas (en sentido fenomenológico)¹².

Pues bien, es ahí, ampliada la experiencia de ese modo, donde (y de modo no puramente metafórico) puede darse un *encuentro* no necesariamente extrínseco (o entre

⁷ Remitimos aquí a los interesantes desarrollos de Íñigo Ongay de Felipe sobre estas cuestiones.

⁸ R. SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA, *Estromatología. Teoría de los niveles fenomenológicos. Op. cit.* Ver sobre todo el capítulo 3: "Las fases del ser de Simondon", pp. 61-78.

⁹ R. SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA, "¿Para qué el ego transcendental?" *Eikasía* n°18. Mayo de 2008. <http://revistadefilosofia.com/18-02.pdf>

¹⁰ En relación con este punto cf. P. POSADA VARELA, "Suspensión hiperbólica y desalineamiento transcendental", en *Eikasía* n°58, septiembre de 2014. <http://revistadefilosofia.com/58-04.pdf>

¹¹ Carácter eidético (con su potencia subestructiva) consecutorio, en primer término, con el lado de las síntesis; pero también carácter eidético retroactivamente transmitido del lado de los términos y de las operaciones (ambas recordadas de tal modo que puedan ser eidéticamente subsumibles). Retomamos aquí, claro está, la tripartición de G. Bueno (que es sorprendentemente análoga a la de Husserl, como Ortiz de Urbina ha mostrado muy convincentemente).

¹² Cf. R. SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA, *Estromatología. Teoría de los niveles fenomenológicos. Op. cit.*

cuerpos externos), un encuentro no necesariamente constituido por dos bultos (hombre y animal) o "estromas" (en el sentido no fenomenológico que este término recibe en el materialismo filosófico): se trata de un encuentro *otro*, solapado con el anterior (pero dado *entre* otros niveles de experiencia) que, si bien puede verse *suscitado* por el mencionado encuentro "partes extra partes" producido en el teatro unívoco de la *res extensa* o del mundo¹³, no sólo no se reduce a éste, sino que tiene consistencia propia en el sentido específico que trataremos ahora de aquilatar.

Efectivamente, la irreductibilidad estromatológica de que aquí hablamos, y que juega a pleno rendimiento en la cuestión de la animalidad, es de otro género que la consabida irreductibilidad de la cara subjetiva o subjetual de la experiencia: se trata, antes bien, de la irreductibilidad *de otro nivel de experiencia*, solapado con el nivel de la efectividad y de los cuerpos externos, es decir, de un nivel de experiencia con sus (trans-)operaciones, sus síntesis (esquemáticas) y sus términos, recortados a la escala de esas (trans-)operaciones. Es pues algo más que la irreductibilidad de uno de los componentes, el subjetual, de la experiencia (en lo que se revelará como uno más de sus niveles y, dicho sea de paso, su nivel arquitectónicamente más derivado: el de la efectividad, el del cuerpo externo operatorio que, claro está, también comporta su aspecto subjetual). A lo que aquí apuntamos, y que tiene en la cuestión de la animalidad uno de sus privilegiados puntos de ebullición, nada que ver, pues, con la mera irreductibilidad de lo subjetual u operativo (del cuerpo externo o *Körper*).

Así pues, y por reformular lo recién avanzado, no bien ampliamos la experiencia suspendiendo un ego transcendental consecrario de la eidética, el sentido de un "encuentro con la animalidad" adquiere visos muy concretos. La ampliación de la experiencia deviene también en una ampliación fenomenológica del concepto de concreción. Ese "encuentro con la animalidad" es ahora también y más fundamentalmente el que se da entre dos niveles de experiencia o "estromas" (ahora en el sentido fenomenológico de término) "dentro de" y para una subjetividad (humana o animal) *incluso* numéricamente una. Huelga señalar que el ser humano tiene un obvio privilegio gnoseológico. En todo caso, basta comprender que lo psíquico o vivencial no es de una pieza, y que lejos de ser la "interioridad" que subjetualmente corresponde a los términos fiscalistas recortados a escala corporal (y quirúrgica), se amplía en varios registros de experiencia, cada uno de los cuales, ajenos a toda "interioridad" amorfa, recóndita y mística, conoce una relativa estabilidad y *distinción*¹⁴ no bien sabemos reconocer, en *cada* nivel o estroma, los "términos" y las síntesis (no sólo eidéticas, también esquemáticas) que propias de las transoperaciones.

¹³ Y, por así decirlo, localizable por GPS en su cara (que no es la única, claro está) fiscalista: un "bulto, opacidad (o estroma)" se encuentra con otro "bulto" en tales o cuales coordenadas espacio-temporales. Evidentemente, esta localización respeta una irreductibilidad de lo subjetual; sin embargo, lo subjetual aquí constatado lo es *de* esa exterioridad aquí mencionada. La irreductibilidad entre niveles de experiencia de la que aquí hablamos es *de otro orden*. Se puede manifestar en lo subjetual, pero no tiene en ese aspecto de la experiencia su privilegiado residuo ni exclusiva guarida. Comporta una cara subjetual como la comporta toda tripartición (en términos, operaciones y síntesis) de la experiencia. Dicho de otro modo: lo irreductible que rastrea la estromatología es la tripartición entera o, si se quiere, son, cada vez, enteras instanciaciones de esa tripartición sólo que -he ahí la irreductibilidad- a otros niveles de experiencia, y donde cada uno de los elementos (y no sólo uno de ellos) de dicha tripartición participa por igual de una alteridad respecto del consuetudinario nivel de la efectividad, el nivel del cuerpo externo operatorio, de las operaciones quirúrgicas, de las síntesis de identidad, y del modo, irreductiblemente subjetual, en que dichas operaciones se sienten por dentro. Insistamos en ello una vez más: no es a esa irreductibilidad a la que aquí se apunta, sino a irreductibilidades más fundamentales que comprometen a la tripartición entera.

¹⁴ Así se trate de una "oscuridad distinta". Cf. R. SÁNCHEZ ORTIZ DE URBINA, "La oscuridad de la experiencia estética", *art. cit.*

En suma, la irreductibilidad de los varios discursos de aproximación a la cuestión de la animalidad, el carácter denodadamente interdisciplinario de esta compilación, surge, en últimas, como una necesaria reverberación de la irreductibilidad entre los niveles de experiencia. Ahora bien, esta última perspectiva es la que, a mi juicio, permite ponderar el calado fenomenológico de la variedad de comportamientos del animal respecto del ser humano (y, una vez más, pero de modo no menos concreto, de *lo humano* respecto de *lo animal*), variedad en la que insisten Augustin Dumont e Isabelle Ost en su introducción, y que efectivamente encarnan, de modo ejemplar, los textos aquí reunidos. Nos referimos a la variedad de morfologías o topologías de relación entre lo humano y lo animal apuntadas al principio de estas líneas, y donde ambos registros, el humano y el animal, entran en relación de limitación tanto interna como externa, siendo lo uno relativamente ajeno respecto de lo otro, pero donde dicha alteridad (interna y externa a la vez) guarda una persistente ambivalencia. Esta ambivalencia morfológica, plétora de equilibrios metaestables, encuentra su concreta atestación fenomenológica en una verdadera somatización de topologías varias, empuñadas cada vez en primera persona. Así, de este encuentro con el/lo animal puede resultar un riesgo de extralimitación animalizante (y deshumanizante) que tanto puede bloquearse sin remedio, atravesando peligrosos umbrales de no retorno, como revertir salvíficamente, para convertirse en asiento saludable y despliegue renovador, en fundamento (estromatológico) y liberación rehumanizante, precisamente *desde* lo que de *animales* sigue latiendo e insistiendo en nosotros, animales humanos (pero no sólo animales).